

## NAUFRAGIO

— ¿Usted entendía algo de navegación antes del naufragio?

—No, ya se lo dicho, era la segunda vez que me subía a un barco.

— ¿Qué tipo de barco era?

—No sé, uno pequeño.

— ¿Uno pequeño?

—Sí, eso he dicho. —Comenzaba a irritarse.

— ¿Qué hacían ustedes en alta mar, a días de la costa?

—No queríamos ir a alta mar.

—Fue allí donde les encontraron.

—No sé dónde nos encontraron.

— ¿Qué fue lo que les sucedió?

Tobías traspasó con la mirada las blancas paredes de la habitación. Sus ojos, vidriosos, transparentes, parecían aún contener las imágenes de aquel fatídico día. De aquella pesadilla neblinosa pero de marcada consistencia en su interior.

.....

—Aquella mañana desayunamos en el Royal Island, recuerdo que el café era caro y malo, los había tomado mejores en algunos bares de carretera. No pude probar las tostadas porque no me sentía bien, estaba nervioso.

— ¿Por qué estaba nervioso?

—Por favor, le agradecería que no me interrumpiese tanto, esto es duro para mí.

—Por supuesto. Disculpe.

—Me encontraba nervioso porque uno siempre se encuentra nervioso ante nuevas experiencias. Anteriormente sólo había subido a un barco, era de unos tíos de mi madre. Ni siquiera salimos del puerto, el tiempo no lo permitía. Y además, de eso hacía más de veinte años.

Esto era diferente, Robert había comprado la embarcación el verano anterior. Él sí sabía manejarla. De hecho, ya me había invitado antes a navegar, pero en algunas ocasiones por el trabajo y en otras por mi miedo, nunca había aceptado.

No sé porqué lo hice en aquella ocasión. Recuerdo que hasta pedí el viernes de esa semana libre para poder hacer el viaje hasta la costa y así pasar el sábado completo navegando.

—Las autoridades dicen que abandonaron el puerto el domingo, por la mañana.

—Sí, nos surgió un plan. ¿Tengo que especificarlo todo?

—Podría aclarar bastante.

Tobías suspiró, levantó la cabeza y volvió a perderse en sus pensamientos. Al instante prosiguió.

—Robert había contratado a unas prostitutas de lujo para que pasasen el día con nosotros. No me mire así, yo no sabía nada. Les invitamos a pasar el día en barco, con nosotros, pero no aceptaron. Así que nos quedamos en tierra. Y sí, soy un hombre casado, pero compréndame, la ocasión era de lujo. Mi mujer nunca se enteraría, o eso pensé en esos momentos. Ahora se está separando de mí. Se ha enterado de todo.

—Lo siento. Pero siga, siga, tenemos que intentar resolver esto.

—Bien. Espero que en esta ocasión me crean. ¿Me pasa el agua?

—Claro. Mientras bebe me gustaría preguntarle una cosa. ¿Tomó usted algún tipo de droga? Ya dijo antes que había bebido alguna copa, pero ¿droga?. Ya sabe, pastillas, cocaína...

—Nada.

—¿Está seguro?

—Sí.

—Ya sabe que algunas prostitutas roban a sus clientes después de drogarlos.

—Le digo que no nos drogaron. Ni desapareció dinero.

—Ya lo sabía.

— ¿Cómo?

—Cuando llegaron a puerto les hicieron algunas pruebas. No había restos de droga en ninguno de los dos. También se ha comprobado la versión de las prostitutas.

— ¿Entonces para qué me lo ha preguntado?

—Quería saber si me mentiría.

— ¡Joder!, No he mentido en ninguna ocasión. Ni a usted, ni a los que me preguntaron antes que usted, ni a los otros.

—Lo siento. Compréndalo, es mi trabajo.

—Sí, seguro.

—Por favor, continúe.

—Bien. El sábado lo pasamos con las prostitutas, o score, creo que finamente se las llama así. Se llamaban Cindy y Claudia. Por lo visto cobraban un pastón, aunque como en casi todo, pagó Robert. El domingo, creo que a las siete de la mañana se fueron, Robert y yo nos vestimos y nos fuimos al puerto. A desayunar.

—Ahora sí comenzamos con el día que sucedió todo.

—Sí. Como le dije anteriormente no desayuné por los nervios. Mi amigo se burlaba de mí. Decía que parecía un niño pequeño ante su primer día de colegio. Abandonamos el restaurante entre bromas y fuimos paseando por las calles del puerto hasta llegar a su embarcación. No sé que clase de barco era, sus compañeros me lo dijeron antes pero se me ha olvidado.

— ¿Suele usted olvidar las cosas?,¿ Cuando no se acuerda de algo lo inventa?

— ¡No!

—Por favor, tranquilícese, golpeando la mesa no conseguirá más que hacerse daño. Tiene que entender que tengo que preguntárselo.

—Yo no tengo que comprender nada. No suelo olvidar las cosas y no me las invento cuando no me acuerdo, simplemente lo digo, y punto. No sé que puta marca era el barco o qué modelo, no entiendo de barcos. Sólo sé que era blanco, alargado, y que tenía velas. Y lo que en aquellos momentos me importaba más, que dentro, en la nevera había cervezas frescas esperándonos.

Mientras que él comprobaba el panel del barco yo miraba al puerto. Nada en particular. Hacía un día precioso, el sol, pese a ser temprano, pegaba fuerte. Incluso comencé a sudar. La gente empezaba a pasear por allí y visitar las tiendas. Oí el ruido del motor al arrancar y minutos después nos alejamos del puerto suavemente. Recuerdo que me agarré a la barandilla del barco para intentar atenazar un poco mis nervios.

— ¿Su compañero mientras tanto que hacía?

—No sé, supongo que maniobrar el barco para salir del puerto. Yo permanecía tan rígido, aferrado al hierro, que no me quería girar para verlo. Además tomábamos velocidad y eso me acongojaba aún más. Sí me va a preguntar si pasaba miedo le digo que sí.

— ¿Qué pasó después?

—Cuando salimos a mar abierto, no sé describirlo de otra forma, Robert aceleró. Me sentía estupefacto de ver tanta agua junta, sé que resulta pueril pero temblaba, nunca había estado mar adentro. No podía levantar la vista del agua, primero fue verde, luego verde oscura, después azul y luego azul oscura, casi negra diría yo. Entonces me asusté aún más. Pensé en tiburones.

— ¿Veía usted la playa?

—Sí. A lo lejos, ya no se veían ni siquiera las casas. Sólo un manchón oscuro que supongo, sería tierra. Unos minutos después Robert paró el motor. Permanecimos ondulado en el mar, con las olas. Eso también me asustó.

— ¿Su amigo no hizo nada para que a usted se le pasaran los nervios?

—Bueno, dejó lo que estaba haciendo y me dijo que bajásemos a beber algo. Que así se me pasaría, y lo hicimos.

— ¿Bebieron mucho?

—No mucho. La verdad, yo no me encontraba en condiciones de beber y Robert, al no acompañarle yo, tampoco bebió mucho, él quería.

—Ahora, relájese y cuénteme lo que sucedió después. Desde que subió por las escaleras hasta la cubierta. No sienta nervios, no se preocupe, ahora está a salvo.

—Subí las escaleras despacio. La embarcación se movía ahora con un poco más de brusquedad. Cuando salí a la cubierta me quedé petrificado. Una niebla, espesa como nunca la había visto antes, nos rodeaba completamente. No podía ver nada más allá de un par de metros. Casi no se diferenciaban los contornos del barco. Tartamudeando llamé a Robert en un par de ocasiones. Cuando subió exclamó algo que no llegué a oír bien, fue hasta el panel de mandos y se quedó callado, inmóvil.

— ¿Dice usted que el día cambió de repente?

—Sí, por lo visto eso no es tan poco común en la mar. O eso me han dicho después.

— ¿Pero sucedió algo más, verdad? Algo que le comentó su amigo.

—Sí, me dijo que los instrumentos de navegación se habían vuelto locos. Me acerqué y las agujas daban vueltas en redondo, he oído cosas sobre campos electro—magnéticos o algo así que producen esos efectos. Luego, mi compañero, me dijo que mirase mi reloj y lo hice. También se había vuelto loco. Fue entonces cuando sucedió.

— ¿Lo del golpe?

—Sí, el golpe. Robert estaba intentando arrancar el motor, el aparato producía un ruido extraño, ahogado. En ese momento algo golpeó con fuerza la parte de abajo del casco de la embarcación. Oímos un crujido y caímos al suelo. No asienta como un estúpido, no me lo estoy inventado.

—Le creo, y le aseguro que no estoy aquí para burlarme de usted. Prosiga.

—Estaba en el suelo. No veía a Robert aunque sí oía sus gritos, me agarraba a un poste de hierro de la barandilla. Podía ver el agua y algo, una mancha oscura, plateada, metálica, pasaba bordeando el barco, a gran velocidad.

— ¿Piensa usted que pudo ser un tiburón?

— ¿Cómo iba un tiburón a ser tan grande o golpear con tanta vehemencia una embarcación así? Era pequeña, pero no tanto como para que un tiburón causara el daño que esa cosa le hizo al barco.

— ¿Qué piensa usted que fue entonces?

— ¿Cómo quiere que lo sepa? ¡Sería el jodido submarino del Capitán Nemo!

—De nuevo le ruego calma.

—Es usted un gilipollas. No vi nada, sólo la mancha. Ya le dije que además había niebla. Intenté levantarme y después de caer de nuevo lo conseguí. Vi a Robert tumbado en la popa, bueno, no sé si es popa, proa, babor o estribor, no entiendo. Lo vi caído, en la parte de atrás. Las olas comenzaban a ser violentas y salpicar la cubierta, y el agua que traían éstas se mezclaban con la sangre de mi compañero. Fui hasta él, agachado. Parecía que estábamos metidos en el ojo de un huracán, todo fue tan repentino. Cuando llegué vi que estaba herido. Sangraba por la boca y tenía una brecha en la cabeza. Aún así estaba consciente. Me dijo que fuese a buscar la balsa salvavidas, cuando le pregunté que por qué me señaló la entrada a los camarotes. Estaba inundada, el golpe había abierto una brecha en el casco y el agua comenzaba a hundir el barco. Fui a buscar la balsa al lugar que me indicó. Era un modelo de estos que se les da a un botón y se hinchan solos. La arrojé a la violenta mar y allí se hinchó completamente, tenía forma de iglú y era de colores naranjas y azules. Permanecí unos instantes mirando, intentando ver si esa cosa se abalanzaba sobre ella, pero no sucedió nada. El agua que entraba por la brecha llegaba ya a la cubierta, todo crujía y las olas, salpicándolo todo, apenas me dejaban discernir nada. Corrí hacia Robert, lo levanté como pude y

juntos, nos arrojamos a la balsa, creo recordar que pasaron unos instantes hasta que el barco se hundió completamente.

—Fue entonces cuando su compañero se desmayó, ¿Verdad?

—Así fue. Ya estábamos dentro del Iglú. Yo tenía la cabeza asomada por la entrada. Estaba cagado completamente, tenía miedo de que las olas nos volcasen. Tenía miedo de que algún tiburón nos golpease por abajo o algo así, ¡tenía miedo de que me comiesen vivo!

—Entiendo su miedo, pero cálmese. Así, así, beba agua despacito. Ya no está allí.

—Robert estaba desmayado. Yo comencé a sentir golpes, primero en los lados. Eran golpes suaves, como si estuviesen jugando con nosotros, luego más fuertes. Después por debajo, pensé en algunas ocasiones, que hasta nos elevaban un poco del agua. Pero en ningún momento los ataques fueron tan violentos como para volcarnos o destrozarnos la balsa. Sinceramente, no sé cuánto tiempo pasamos así. Cerré la puerta de entrada con la cremallera, me río, en aquellos momentos pensé que incluso nos podía salvar la vida. Quizá fuese una hora, o dos o tres, pero luego todo se calmó. Robert no despertó y yo me quedé dormido. A la hora que me desperté no puedo decírselo. Sólo sé la niebla se había ido y era de noche. No veía luces por ninguna parte, tenía hambre, pero sobre todo sed. Intenté despertar a mi amigo pero fue inútil. Permanecí despabilado poco tiempo. Cuando volví a despertar oí una voz, fuera.

— ¿Qué le dijo esa voz?

—Me llamó por mi nombre. Y no abra tanto los ojos. Dijo: Señor Tobías, ¿Puede usted abrir la portezuela?

— ¿Qué hizo usted?

—Pues en primer lugar pensé que pudiera ser algún destacamento de salvamento que nos hubiese encontrado. Aunque noté un acento extraño en la voz. De todos modos, me acerqué a la entrada y comencé a abrirla.

— ¿Qué vio?

—A un tipo. Flotaba en el mar, todo estaba calmo, el sol brillaba. Y aquel tipo, alto, delgado, vestido con un traje antiguo, arcaico, negro y de grandes botones, con un bombín en la cabeza, me miraba, levitando a escasos centímetros del mar y llamándome por mi nombre. Imagínese el impacto de ver a una persona flotando en mitad del océano, con tanta agua, tanta agua...No hice ninguna de esas estupideces que salen en la tele de guiñar los ojos o frotármelos, me metí corriendo en el iglú y cerré la cremallera.

— Lo que vio, aquel señor delgado, ¿tenía consistencia? Ya sabe que la falta de energía puede provocar ilusiones, espejismos. Usted llevaba tiempo sin beber ni comer.

—Tanta consistencia como la que tiene usted ahora. Y no fue una alucinación, se lo aseguro. Apunte en esa libretita lo que quiera pero así es. Pocos segundos después me llamó otra vez. Me dijo que lo que tenía que decirme quizá me interesara. No sé por qué pero le creí, en aquellos momentos algo, no sé, una fuerza exterior casi me convenció de que aquello era normal, ya sé que esto es de locos, pero abrí de nuevo la cremallera y me encontré a aquel tipo aún más cerca. Tenía cara de pez, sudaba copiosamente y parecía casi albino. Ahora que todo está más distante, me doy cuenta de que se semejaba a unas criaturas que describía Lovecraft en algunos de sus relatos. Sólo que este personaje flotaba encima del agua y no creo que perteneciera e ella.

— ¿Le dijo algo?

—Vaya que sí, el muy hijo de puta me dijo que me llevaría a un lugar seguro. Todo era tan irreal, absurdo, que decidí seguir la corriente, cuando le dije que a dónde me llevaría miró al cielo. Seguí su mirada y sólo vi una nube en el azul inmenso. Blanca, grande, extraña. Miré hacia atrás, hacia Robert y me dijo que él estaba muerto, que si quería acabar como él. Corrí a su lado y comprobé que era verdad. Me volví loco, comencé a golpearlo a él, a la balsa, a mí mismo. Cuando se me pasó un poco la histeria oí que aquel ser me volvía a llamar por mi nombre. De nuevo me encaré con él, había algo en su cara de pez que no me gustaba nada, todo aquella faz era como un

disfraz inhumano, carente de vitalidad. Como si detrás de aquella máscara se encontrara una bestia salvaje deseando salir pero reprimiéndose por alguna extraña causa.

— ¿Qué contestó?

—Contesté que no. Que se fuese a la mismísima mierda. Y desapareció, dejó de estar.

— ¿No vio o notó nada extraño después?

—La nube había desaparecido y yo sentía en mis oídos un pitido fino, hiriente. También un olor raro, no sé, como a gas. Y pocos minutos después comenzaron de nuevo los golpes a la balsa. Había tiburones.

— ¿Cómo sabe que eran tiburones?

—Porque esta vez sí los vi.

— ¿Fueron los tiburones los que arrancaron la pierna a su difunto amigo?

—Exacto. En una de las embestidas la pierna de mi amigo salió del iglú, un tiburón aprovechó para zampársela, cuando intenté actuar para meter dentro a Robert antes de que se lo merendasen entero uno de esos hijos de puta con aleta arrancó mi brazo de un bocado, luego, supongo que debido al dolor me desmayé, aunque recuerdo que segundos antes oí el ruido del motor de la embarcación del grupo de rescate.

—Tuvo usted mucha suerte de sobrevivir. Si le hubiesen encontrado algunos minutos más tarde no estaría aquí.

—La tuve. Siguen sin encontrar la embarcación, ¿verdad? Lo suponía. Creo que nunca lo lograrán, ellos se encargarán de que así sea. Ya intentaron hacer desaparecer todas las pruebas...

— ¿Quiénes son ellos?

— ¿Es usted idiota? Los que estaban debajo del mar, los que luego estaban en el cielo.